

Julio Valdeón

**LA RAZÓN EN MARCHA**  
**CONVERSACIONES CON FÉLIX OVEJERO**

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Julio Valdeón y Félix Ovejero, 2023  
© del prólogo: Andrés García Trapiello, 2023  
© del epílogo: Pablo de Lora del Toro, 2023  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023  
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1148-237-0  
Depósito legal: M. 648-2023  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## ÍNDICE

Félix Ovejero y su dorado árbol, <i>Andrés Trapiello</i> .....	9
Conversación I .....	15
Conversación II .....	48
Conversación III .....	71
Conversación IV .....	88
Conversación V .....	116
Conversación VI .....	135
Conversación VII .....	153
Conversación VIII .....	167
Conversación IX .....	184
Conversación X .....	214
Conversación XI .....	234
Conversación XII .....	261
Conversación XIII .....	306
Conversación XIV .....	329
Conversación XV .....	359
Conversación XVI .....	385
Conversación XVII .....	408
Conversación XVIII .....	433
Coda .....	455
Nota final: Una explicación y algunos agradecimientos .....	458
Félix Ovejero: La razón irredenta del paria rebelde, <i>Pablo de Lora</i> .....	462

*Arriba, parias de la Tierra,  
en pie, famélica legión,  
atruena la razón en marcha:  
es el fin de la opresión...  
(La Internacional)*

—*Y no nos va a pasar nada malo.*  
—*Desde luego que no.*  
—*Porque nosotros llevamos el fuego.*  
—*Así es. Porque llevamos el fuego.*  
(Cormac McCarthy, *La carretera*)

*Con esperanza, sin esperanza  
y aun contra toda esperanza,  
la razón es nuestro asidero.  
(Javier Muguerza)*

## FÉLIX OVEJERO Y SU DORADO ÁRBOL

Félix Ovejero es uno de nuestros mejores amigos, mío y de Miriam, que lo conoció antes que yo. Es también una de las mejores personas que conozco. Decir esto de alguien en un país en que «bueno» es sinónimo de «panoli» o de «inofensivo» es expuesto, y puede dar lugar a suspicacias y a pensar que se trata además de un subterfugio para escatimar las muchas virtudes intelectuales que tiene. De modo que vaya formulado también de esta otra manera: Félix Ovejero es una de las personas más inteligentes que hemos conocido, dotadas como pocas para exponer por escrito sus ideas, investigaciones y opiniones con claridad y sencillez, sin la pedantería académica. Se dice esto último porque él, que no ha llegado a catedrático por esa conjunción de mezquindad y mediocridad tan corriente en los departamentos de la universidad española (y seguramente por ese qué-más-da tan senequista suyo, del que en este libro hay tantas muestras), se refiere siempre a la academia con sumo respeto, en su aspecto más noble y exigente. Cuando Ovejero dice de alguien que

no tiene solvencia académica, es para echarse a temblar: acabará probándolo con la mayor solvencia.

Una corta digresión. Ha mostrado uno alguna vez su perplejidad ante el hecho de que el DRAE, en su definición de la palabra académico, nos hurte la acepción más común («cosa árida, sin gracia, plúmbea»; y como sustantivo, «pelma», «coñazo»). Los que podríamos hacer uso de ella tal y como prescribe ese diccionario, raramente lo hacemos: «que observa con rigor las normas clásicas». Lo de las normas clásicas, después de las vanguardias del siglo xx, es una bobada, claro (Ovejero lo contó en *El compromiso del creador*), porque nadie sabe ya a estas alturas cuáles son esas normas, pero sí qué se quiere decir con «rigor». Incluso cuando esto está aplicado al trabajo de muchos académicos, entendido en la acepción inacadémica: «rigor mortis».

Sigo. Ovejero cree en la universidad (la academia) también en su doble y noble acepción: investigadora y docente. De la primera dan cuenta sus libros y artículos; de la segunda, sus clases, que a poco que se parezcan a los libros y artículos, habrán de ser una experiencia imborrable para sus alumnos.

En este libro Julio Valdeón le va sacando a Ovejero recuerdos, opiniones, juicios, ideas. Lo hace de una manera fluida y a veces con fórceps, en su papel de partera.

Los que no conozcan los orígenes familiares de Ovejero quedarán impresionados por la sencillez y humildad con que los cuenta aquí. Parece recordar en todo momento aquello que decía Juan Ramón: «No os toquéis en el dolor», al contrario que tantos «creadores» traficantes y rentistas de dolores propios o ajenos. Y por supuesto, sin compungirse nunca. Diríamos que su umbral del dolor es muy alto. De ese «neorrealismo» suyo (*Rocco y sus hermanos* a su lado parece un cuento de las *Mil y una noches*) obtiene la fuerza que ha necesitado para llevar adelante su proyecto vital e intelectual. Y acaso por eso mismo ha sido uno de los primeros en desenmascarar y combatir a los campeones del victimismo actual, los nacionalistas catalanes,

cuyas quejas le producen, con toda razón, indignación, pero también risa (tiene la virtud del humor). Habla además con conocimiento de causa: buena parte de las penalidades de su familia, sufridas con parecido estoicismo al suyo y al de tantos miles de inmigrantes, proceden, precisamente, de los amos de la Cataluña adonde fueron a mejorar su suerte.

Y como no hay victimismo, tampoco hay en esa primera parte del libro alardes de lo contrario, esos «no le debo nada a nadie, todo lo he conseguido por mis méritos», tan frecuentes en el mundo literario y académico. Al contrario, se limita a una exposición de hechos.

Y así procede también cuando le toca resumir, por ejemplo, su pasado en la corriente marxista, de la que dice conservar los recursos de su metodología, no pocos de sus diagnósticos y algunos de sus remedios o remiendos. Yo ahí, la verdad, me he perdido algo. Pero si él lo dice, le doy todo el beneficio de mi duda. Además, ¿quién que no sea un poco inteligente no acaba siendo socialdemócrata?

A cuenta de esto se le ha embromado mucho, tildándolo del «último marxista serio» que le queda a España. Pero lo cierto es que ese marxismo no solo le ha llevado a ponerse al frente, de manera señalada, de partidos liberales como Ciudadanos, que él fundó con otros fogueados en la socialdemocracia para combatir la mayor peste contemporánea, el nacionalismo, sino a denunciar con igual brío a la izquierda que en España, casi mayoritariamente, ha sido partidaria de los nacionalismos catalán, vasco y gallego, y connivente con muchas de sus trapacerías, bien por convicción, bien por interés, como en el caso de los diferentes gobiernos autonómicos o centrales. El rótulo de «la izquierda reaccionaria», que él divulgó, se ha aceptado ya no solo en la literatura académica y en el periodismo, sino en el léxico político común. Digamos también para cerrar el párrafo que yo, las veces que he estado con él, no he notado nada su marxismo; ni en las conversaciones sobre arte o política o la vida que habitualmente mantenemos me ha parecido que hubiera grandes discrepancias entre nosotros: comemos y vestimos parecido, nos reímos por

las mismas cosas, leemos parecidos libros, tenemos muchos amigos comunes, nos emocionan las mismas desgracias y nos unen las mismas causas y alegrías. O sea, que bien.

Quizá se deba a su manera de proceder en la exposición de sus tesis. Su claridad. La claridad es la piedra de toque de la amistad. No olvidemos que la disciplina en la que él se desenvuelve es la filosofía política con sus derivaciones económicas, y requiere desarrollos pacientes y complejos. Como la amistad. Sin claridad es muy dificultoso llevar eso adelante.

En este libro hay ejemplos sobrados de su paciencia para quienes, como yo, andamos muy alejados de un conocimiento razonable de escuelas, métodos, propósitos académicos.

De los asuntos de los que se ocupa en este libro, uno es el que más le interesa a uno, por razones obvias, el de las lenguas. Todos los que hemos dicho algo de ese asunto, a propósito de la liquidación del español en las instituciones catalanas (desde las educativas a las distintas administraciones administrativas, sanitarias y demás), lo hemos dicho no solo después que él, sino sirviéndonos de sus argumentos e investigaciones. Están expuestos con meridiana claridad y paciencia en estas páginas. No hay más que leerlas.

Al contrario de los que no tenemos paciencia alguna para concluir las controversias y las concluimos subiendo el volumen o recurriendo al sarcasmo, Ovejero, tal vez por sus hábitos pedagógicos, ni levanta la voz ni le arredra la extenuación explicativa ni tampoco la falta de inteligencia o mala fe de muchos de sus contrincantes (pues es sabido que los de la izquierda reaccionaria se creen más listos que nadie y los nacionalistas más guapos; en ninguno de los dos casos se sabe con qué fundamento).

Un último apunte. Hasta ahora todo lo que he dicho en este prologuillo lo habrá comprobado el o la lectora si ha leído sus libros. También observará el que para mí es el mayor atractivo de esta conversación: Ovejero es una persona humilde (lo cual no suele ser infrecuente entre los sabios), pero sobre todo es alguien que en todo



momento une la vida a la teoría, o al revés, alguien que trata de llevar la teoría a la vida; todo de lo que habla está vivo, que es una categoría que raramente tiene valor en el asfixiante mundo académico. Busca ejemplos (los suyos son a menudo extraordinarios, hermosos como las asociaciones que hace Gómez de la Serna), tanto más eficaces cuanto más insólitos. Él sí que tiene presente la famosa advertencia de Goethe («Toda teoría es gris, querido amigo, y verde es el dorado árbol de la vida»).

Este que tienes aquí es su dorado árbol. Una conversación (un coloquio, en el sentido cervantino, que Valdeón baila con donaire socrático) es algo arborescente, una rama lleva a otra, hasta la copa. Y en el camino, nidos, cien nidos acogedores, hospitalarios. Algunos incluso melodiosos. Y los árboles comunicados entre ellos por los abrazos. Hasta formar un bosque. Para quedarse a vivir en él, como aquel famoso barón rampante.

Las Viñas-Madrid, 19 de septiembre de 2022

ANDRÉS TRAPIELLO



## I

Catalanes derrotados – Pisos patera, la *compañía* – MVM, Marsé, Terenci – Barrio Chino – PSUC – *El Viejo Topo* – Mentiras públicas, verdades privadas – *El País* – Una tierra fuera de la ley – Cobardías intelectuales

El *procés* enfilaba el enésimo choque con la realidad el día previo a la histórica manifestación del 8 de octubre de 2017. Recién aterrizado de Nueva York, donde vivía, me había citado a comer con Félix Ovejero, un filósofo en labores de artificiero, sin asomo de pedantería, empeñado en no abrumar mientras comparte su saber sobre los asuntos más diversos, de los problemas de las ciencias sociales a la racionalidad, el identitarismo, la crisis de la izquierda, el auge *woke* o la fundación de Ciudadanos.

Ovejero funge como último o penúltimo representante de la izquierda ilustrada. Una izquierda amenazada de extinción, mientras la izquierda *mainstream* agoniza millonaria de identidades, coleccionista de agravios, irracional y romántica, pueril y adolescente. Denunciarlo implica arriesgar la excomunión, y eso, justamente, es lo que hace Ovejero, concentrado en combatir la dictadura del abolen-go y el despotismo del Rh.

Yo quería seguir de cerca los extraordinarios acontecimientos en Cataluña, la progresión metastásica del populismo y la deriva de una sociedad destruida, con la mitad empeñada en someter a la otra mitad y las élites políticas y económicas enrocadas en el siempre lucrativo desistimiento. Yo venía de brindar solo, la noche anterior a nuestro encuentro, en la barra del Boadas, junto al fantasma del Perich. Había viajado a Barcelona, tantos años después del día que murió Marilyn, y había tarareado *Suspiros de España* en compañía de Pepe Carvalho, enamorado de Penélope y Lucía, con los bolsillos cargados de *Paraules d'amor*, peregrino de Casa Leopoldo y Las Ramblas, y educado con *Vibraciones* y *Fotogramas*. Lo poco que aprendí de la escritura y la vida lo mamé, entre otros, en los libros de Josep Pla, Jaime Gil de Biedma, Manuel Vázquez Montalbán, Félix de Azúa, Arcadi Espada... Con el tiempo, cada vez que viajaba a Barcelona, me quedaba en casa de otro escritor magnífico, José María Albert de Paco. Volver a Barcelona equivalía a certificar la esquizofrenia colectiva. La ruina de las banderas. El odio en ascuas. El espectáculo de una clase política y una ciudadanía situadas más allá de la ley y la salud mental. Suponía también reencontrarse con algunos de los intelectuales más valiosos de España.

Comprometido contra la peste del colectivismo (o mejor dicho, holismo, porque, como él mismo diría, en algún sentido colectivismo es comunismo) y en favor del individuo, látigo del pensamiento posmoderno, Ovejero ha escrito páginas inolvidables frente a las políticas de la cancelación y la segregación de los ciudadanos. Profesor de Filosofía Política y Metodología de las Ciencias Sociales en la Universidad de Barcelona, sus trabajos son bengalas de la razón en marcha. Sus conocimientos de las ciencias fuertes, y la atención por los últimos avances en campos como la neurología, la biología, la psicología evolutiva o la antropología, lo convierten en ese singular intelectual capaz de transitar por la llamada «Tercera Cultura». Pero a diferencia de los clérigos de Julien Benda, no asume como evidente ninguna razón supuestamente revelada. Al día siguiente de nues-

tra comida tuvo lugar la primera gran manifestación contra el intento de golpe de Estado. Cuarenta y ocho horas después volví a Estados Unidos. Las postrimerías del golpe abortado, del golpe de nunca acabar contra la democracia, siguieron su curso.

Un lustro después de nuestro primer encuentro, Félix está sentado delante de mí, vía Zoom. Charlamos por el ordenador. Yo en Madrid y él en su casa de Barcelona, atrincherado en un despacho con libros del suelo al techo. Su compromiso con las afirmaciones ancladas en la realidad, y con los argumentos demostrativos, se complementa con la repulsión a apropiarse de las reflexiones ajenas sin acusar recibo. «Nada hacemos sin tantos otros, antes y ahora», comenta, «lo otro, para los amigos y las copas. Y siempre riéndonos de nosotros mismos, sin componer el gesto y ponernos estupendos».

### ¿Dónde naces y en qué año?

Barcelona, noviembre de 1957. Mi familia formaba parte de una inmigración asociada al Plan de Estabilización, bueno, un poco anterior. Con una singularidad: la mayor parte de esa inmigración, la que sí es puro Plan de Estabilización, terminaría en la periferia de Barcelona, que estaba creciendo; nosotros, en cambio, acabamos en el Barrio Chino, que ahora llaman El Raval. Allí había, sobre todo, «catalanes derrotados», como los que aparecen en las novelas de Marsé. Mis vecinos eran perdedores. No por catalanes, sino por pobres. Gente que trabajaba en torno al puerto, al trapicheo, al contrabando; en la calle había prostitución, sobre todo prostitución masculina, era la calle de los gais. Lo más importante que pasó en aquel tiempo es que allí se rodó una película, *Los tarantos*, con Carmen Amaya y donde aparecía Lola Flores, que fue celebrada en el barrio, y pasó a formar parte de su modesta mitología. Había algunos gitanos entre la aristocracia del barrio, como en aquella canción de Serrat. Cuando llegaron allí, mis padres se quedaron en un piso

de unos tíos. Más tarde, alquilaron uno de dos habitaciones en aquella misma calle, la calle Serra. Eran «pisos patera», de gente que venía del pueblo y se instalaba hasta que encontraba su propio sitio. Yo, durante bastantes años, compartía habitación con realquilados, hombres que venían del pueblo de mis padres, y, cuando podían, se buscaban su casa.

### **¿En qué trabajaba tu padre?**

Cuando llegó a Barcelona, al principio trabajó en la construcción, luego estuvo pelando pollos.

### **¿Con qué edad llegaron?**

Mi padre vino a hacer la mili, le tocó aquí. Trajo a mi madre y vieron que aquí había posibilidades. Se casaron en el pueblo y volvieron para quedarse. Estaban los dos en casa de mis tíos.

### **Los primeros en desembarcar.**

Y mi abuelo paterno, que también llega en aquella hornada. La familia materna lo haría más tarde, parte de ella, otra parte se quedó por ahí. Empezaron a trabajar donde pudieron, y aparece Telefónica, que retribuía mal, pero era una empresa corporativa típica del franquismo, te aseguraba las pensiones y esas cosas. Como mi padre no podía aprender el oficio en los libros, asistir a clases y era medio analfabeto, les pedía a los empleados de Telefónica que le dejaran acompañarlos por las cloacas, para ver cómo hacían las cosas, las instalaciones de la red telefónica. Él era empalmador, creo que se llamaba. Era un manitas y fue pluriempleado un tiempo. Mi madre, salvo el periodo que también pelaba los pollos, como mi padre, siempre fue ama de casa y durante bastantes años fregaba la escalera donde vivíamos. Eso fue más tarde, no en el Barrio Chino, sino en una casa en Poble Sec donde nos fuimos cuando yo tenía diecisiete o dieciocho años. Mi padre, que era muy asustadizo, eso de meterse en una hipoteca le carcomía, pero mi madre le animaba diciéndole que

ella también iba a trabajar fregando la escalera o en el piso de algún vecino. Y dejamos el piso del Barrio Chino.

### ¿Cómo era vuestra casa?

En mi habitación había otra cama al lado, donde dormían los que venían del pueblo. El que más duró fue mi tío, que luego se instaló por su cuenta. También vivía allí mi hermana, con la que me llevo diez años. Estaba en otra habitación, sin apenas luz natural, y a ella la pusieron a dormir debajo de la televisión, de la primera televisión, cuando llega, que fue bastante después de que ella naciera.

Cuando yo estaba en el instituto, o puede que durante mi primer año de carrera, mis padres pudieron comprarse un terreno y levantaron un garaje para ir los fines de semana, lo más que se podían permitir, que hacía las veces de segunda residencia. Eso dejaba mi casa de Barcelona libre los fines de semana y la ofrecí para alguna reunión clandestina. Cuando mis «camaradas» de las Juventudes Comunistas, los jóvenes del PSUC (el Partido Comunista en Cataluña, para que te sitúes), hijos de médicos o abogados, entraron allí, un piso sórdido, sin luz, y dos habitaciones, se quedaron perplejos. No tenían ni idea de la vida de los obreros. En aquel momento no me di cuenta. Me lo contó alguno de los asistentes, con el que todavía conservo la amistad, muchos años más tarde. Cuando abrías el piso había un comedor que no se usaba como tal, con una mesa que era de ornamento, y lo que llamábamos comedor era otra habitación que daba a otra esquina, desde la cual se veía un solar con un muro de unos tres metros donde habían caído bombas en la guerra. Estaba tapiado y los vecinos tiraban las basuras desde los balcones, que se iban acumulando. De pequeño me pasaba las horas en el balcón viendo ratas del tamaño de un elefante adulto, y moscas durante todo el año. Una vez al año, supongo que el Ayuntamiento, lo vaciaban, aunque no sé cómo, porque estaba totalmente tapiado. Ahora es una placita; bueno, ni eso, no daba ni para placita. Mi padre hizo el cuarto de baño de nuestro piso, porque a mí me lava-

ban en una especie de caldero. Una virguería de diseño: al baño se entraba desde la cocina.

### **¿Tu padre construyó el cuarto de baño?**

Lo hizo él, era manitas para esas cosas. Había trabajado en la construcción, la electricidad la controlaba más o menos por su trabajo en Telefónica, y las demás cosas, también.

### **¿A qué colegio fuiste?**

A un colegio nacional que estaba vinculado a la Iglesia, el colegio San Severo. Bueno, primero voy a colegios del barrio. El primero, perpendicular a la calle Escudellers, yo era muy chico, no recuerdo cómo se llamaba. Y luego a San Severo, en el Gótico. Una mujer del pueblo, de Sisante, maestra, se casó con otro señor, que era el director y, supongo, facilitó el ingreso. Estaba cerca de la catedral. Hay una plaza muy bonita que es San Felipe Neri, con otro colegio, más acomodado, que nosotros, los del San Severo, considerábamos los pijos de la zona. Los viernes teníamos misa, y actividades los sábados.

### **¿En qué habláis en el colegio?**

En la lengua de los pobres, que era, por supuesto, el español. Yo no estoy expuesto al catalán por roce social hasta la universidad. Era un chico de barrio cuyos padres querían que estudiase. Sin que tuvieran muy claro lo que significaba eso. Mi madre sabía leer, pero no escribir. Mi familia era prácticamente analfabeta. Quizá por eso la cultura despertaba cierta fascinación. Cuando cae en manos de su hijo un libro, seguramente de Enid Blyton, y ven que lo devoras, les emociona. La fascinación de los pobres por la cultura.

### **Antes comentabas que tu padre también era analfabeto.**

Apenas escribía. Pero consiguió entrar en Telefónica, aprobando unas oposiciones, acompañando a los curritos, como te decía, y su-



pongo que también gracias a alguna trama familiar, de alguien del pueblo que estuviese ya por allí. Mi destino natural era —al igual que el de mi hermana y mi cuñado— acabar «en la compañía», como la llamábamos. Incluso fui a una academia a hacer unos cursos para entrar en Telefónica. Pero por unas cosas y otras —entre ellas la política— no fue así.

### **El instituto.**

La primera vez que piso un instituto fue en los exámenes finales, y únicos. Hasta cuarto de Bachillerato, estudiabas todo el año en tu colegio y luego ibas un día y te examinabas de todo el curso en dos días, una suerte de «reválida». Era una especie de fiesta, aparte de las angustias propias de los exámenes, porque nos íbamos a un instituto que estaba a la salida de Barcelona, el Ausiàs March, una zona que nunca pisábamos, una zona pija. Muy cerca de mi actual facultad, Económicas. Más tarde, para el bachillerato superior, pasé al Milà i Fontanals, que es donde empezó la politización. En aquella época había tres o cuatro centros en Barcelona muy politizados. En el instituto hago quinto y sexto y, cuando me echan, paso un año en blanco trabajando en una fábrica de colchones. Más tarde, pacté con los de la fábrica trabajar solo por la mañana, y entré en el instituto Balmes, que es donde me pilló la muerte de Franco. La de Carrero Blanco me había pillado en el Milà i Fontanals.

### **Ahora que mencionas la política...**

Había aparecido en mi vida en el instituto. Al mío, el Milà i Fontanals, había ido dos años antes Salvador Puig Antich. Los partidos de izquierda enviaban a jóvenes militantes a los institutos y «captaban» nuevos colaboradores. Incluso hacíamos reuniones clandestinas en pisos francos: lo más lujoso que yo alcanzaba a ver por entonces, en el Ensanche, por ejemplo. Pero no conviene mitificar: éramos unos críos y a la policía aquello le debía importar bien poco, aunque las

reuniones eran secretas y funcionaban con trabajosas reglas de seguridad, que nos asustaban más que la policía.

### ¿Militar ya no tenía consecuencias?

Bueno, en un momento dado se niegan a readmitirme en el instituto de un año para otro. Como alumno oficial, yo tenía derecho a la matrícula del año siguiente, pero al llegar septiembre a algunos nos negaron la admisión. Seguramente alguien les sopló quiénes íbamos a estos comités. Como ya era septiembre, solo me quedaba matricularme en una academia, pero, dado que el dinero no llegaba, ese año lo perdí.

### ¿Por qué te matriculas en Económicas?

Fue el resultado de varios pactos entre la realidad y el deseo. Por un lado, era una carrera que tenía alguna salida profesional; por otro, proporcionaba, o eso creía yo, la base material, indispensable para los análisis que quería hacer un chiquillo marxista, las claves para entender las leyes de la historia, y también, aunque quizá sea una recreación retrospectiva, algo que adorno *a posteriori*, me parecía una disciplina seria. Tú estudiabas matemáticas y estadística, y después ya podías estudiar cualquier otra cosa aparte.

### ¿Cómo te las apañaste para navegar ese mundo?

Yo no tenía ningún mentor y no recuerdo cómo aparece la figura de Sacristán, quizá por el runrún entre jóvenes comunistas. Encontraba libros yendo al mercado de San Antonio y recuerdo que me compré un libro de Althusser porque creía que ese ladrillo indigerible era un manual, después de todo se titulaba *Para leer «El capital»*. Ya en la carrera, descubrí que Sacristán, como profesor, estaba en Económicas. Acabé siendo su ayudante en mi penúltimo año de carrera, antes de que él se fuese a México. Me acerco a ese entorno siendo un buen estudiante, ya con lecturas de filosofía de la ciencia, su asignatura, aunque no como discípulo en su entorno político. Sacristán sostenía la tesis, original en el debate filosófico español del momento, de que

la filosofía no tiene sentido como tal, sino como reflexión sobre la ciencia existente, «a ciencia pasada», por así decir. Era partidario de suprimir las facultades de Filosofía, habida cuenta de que no había ningún conocimiento filosófico sustantivo, y crear unos institutos de Filosofía en conexión con otras disciplinas, científicas, donde gente que ya estuviese haciendo el doctorado reflexionase sobre su propio quehacer; una filosofía, si acaso, adjetiva: de la ciencia, del arte, del lenguaje. Eso se correspondía con mi biografía: yo había hecho Económicas, no formaba parte del grupo de los discípulos de Sacristán procedentes de la filosofía, de hecho, ya digo que él me encuentra en Económicas. Al poco, entré en la revista *mientras tanto*, la revista de la izquierda «sacristaniana», roja, verde y violeta. Un guion que luego ha maltratado parte de la izquierda española.

**Déjame retroceder un poco. Me interesa lo que dijiste sobre El Raval como lugar, no de inmigrantes, sino de catalanes derrotados.**

Sí, mis padres no vienen por el despegue económico, sino huyendo del hambre, literalmente. Antes ya habían llegado a Cataluña mi abuelo y mis tías. Venían de Sisante, un pueblo de Cuenca, en La Mancha, un secarral muy cercano a Albacete. Mis tíos se habían instalado con mi abuelo. Con ellos había en ese momento una relación lo bastante estrecha como para que todos los demás tíos que venían del pueblo se instalasen en ese piso. En la misma calle vivían otros primos. Es algo que he visto repetido con los bolivianos con los que juego a fútbol: llega alguien como cabeza de puente y acaban viviendo todos cerca unos de otros. Son tramas familiares asociadas a los pueblos de origen, incluso a un solo pueblo. Pero, en algún sentido, era un desembarco singular, no es igual al que poco más tarde iría a parar a la periferia, a los verdaderos barrios obreros. Sospecho que mi padre tenía una actitud recelosa, propia del inmigrante, del que no tiene formación, que no se reconoce en el lugar de acogida, lo que le dificulta alcanzar la condición de ciudadano. El

nacionalismo se ha aprovechado de esto, de ese sentirte como un invitado en esa sociedad, incluso agradecido.

**Un ambiente, tú mismo lo has dicho, distinto al de los barrios del cinturón industrial.**

No se desarrolla una conciencia de clase como sí la habría en la periferia y en los barrios obreros. En el Barrio Chino el modelo sería el de los perdedores de Juan Marsé, muchos de ellos catalanes, perdedores de la guerra, pero sin la memoria de la guerra, que sí tienen los personajes de Marsé. Mi padre, desde luego, carecía de toda conciencia política. En el barrio mandaba cierto escalafón del pequeño delicto, casi siempre nutrido por catalanes de origen. El tipo que siempre estaba acodado en la barra de ciertos bares, el chulo del barrio, al que se respeta, entre otras cosas porque estaba allí desde siempre, al menos para los que acababan de llegar. Serrat lo describe muy bien en una canción, *La aristocracia del barrio*. Alguien que impone la ley, con violencia incluso, donde no hay ley. Diego Gambetta lo ha estudiado en el caso de la Mafia: son tipos y organizaciones que suplen al Estado, que surgen gracias a la ausencia de normas compartidas, y ejercen el monopolio de la violencia. Aquel barrio era una amalgama de perdedores de distintas batallas. Muchos años después tuve una alumna que vivía en la misma escalera que yo, y la muchacha se avergonzaba de pertenecer socialmente a ese mundo. Esta inmigración era una singularidad respecto de la gran explosión demográfica de la periferia donde sí arraigó la conciencia de clase y el activismo.

**Esas evocaciones literarias del Raval de Marsé, de Manuel Vázquez Montalbán y otros, ¿guardan parecido con la realidad o están un poco mitificadas?**

Montalbán, hasta donde conozco, lo cuenta mejor en ensayos y artículos. También Terenci [Moix]. Por cierto, al Raval siempre se le llamó El Chino. Como a tantas cosas en Barcelona, los nacionalistas le cambiaron el nombre porque, si no, se mantenía el léxico antiguo, en castella-

no. Si a la parada de metro de Aragón le pones Aragón, la gente la seguirá llamando Aragón, pero si le pones Passeig de Gràcia, ya cambia el registro. Evitaron las traducciones inmediatas por eso. Yo creo que El Raval no existía como tal: era el Barrio Chino, que estaba atravesado por las Ramblas y tenía dos lados, que yo crucé cuando comencé a ir al instituto, que estaba en el otro margen. Montalbán vivió en el lado opuesto al mío, donde estaban Peret y los gitanos rumberos, junto al mercado de San Antonio, que era de lo que hablaba Montalbán. Terenci, creo, también viene de ese mundo. Las putas de la calle Robadors estaban a ese lado. Yo vivía en torno a la calle Escudellers, por donde asomaban de vez en cuando los marines, los de la VI Flota, supongo, y la vida en torno al puerto. Por cierto, mi padre obtenía el bicarbonato por algún contacto que tenía en el puerto. Eran dos mundos relativamente diferentes. Montalbán, para un joven comunista, con precarias lecturas, azarosas, era un referente, por tirar del palabro, aunque luego con los años muchos de esos mitos se caen. Pero en aquella hora uno reconocía su mundo, su ontología, si me permites, sobre todo en sus artículos en *Triunfo*. En todo caso, por lo que sé, pertenecía a una familia más politizada. En mi caso, esas circunstancias se traducen en carencias en la formación. Vas al colegio que toca o en el que hay algún pariente, porque no se puede pagar otra cosa y porque tampoco las familias tienen mucho criterio, claro. Después de todo, recuerda, mis padres pensaban que mi destino era Telefónica. Y luego estaba la carencia de los idiomas. Siempre he tenido mal trato con los idiomas. Recibía las clases de francés en castellano, y luego aprendías a hablarlo con torpeza. Recuerdo que cuando entré a trabajar en la universidad, mi padre me preguntó: «¿En qué oficina?». Debía de pensar que me dedicaba al narcotráfico, porque siempre estaba en casa y cobraba. Podía entender el concepto de maestro, pero no el de alguien que vivía de dar clase en la universidad.

### **Y luego Gracia, el mundo de Marsé.**

Que es otra cosa, distinta del Chino. Para mí la Diagonal, incluso la Gran Vía, era una barrera natural que no atravesé durante mi infan-